

EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11788

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 10 DE ENERO DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobre.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

EL APEADERO DE LOS MOLINOS

En vano pasa el tiempo; los habitantes del populoso barrio esperan que se detenga el tren; pero éste no acorta su camino, ni se para, ni hay señal que indique cuando parará.

Las alegrías del pasado Agosto se han trocado en desesperanzas; las ilusiones que engendró la oferta del apeadero se van agostando y los que hablan del asunto lo hacen en el sentido de que no pasará de promesa.

La verdad es que entre el momento en que el Consejo de administración de la Compañía tomó el acuerdo de construir el apeadero deseado, hasta el en que escribimos estas líneas, han pasado cinco meses largos, sin que a la hora presente se note nada que fortifique la creencia de que van a comenzar las obras.

Dijose á raíz del acuerdo citado que a fines de Octubre se detendría ya el tren en Los Molinos y ha transcurrido el resto del año y hemos entrado en el siguiente y el tren sigue pasando y alejándose como viene haciéndolo desde que se fundó.

Lo menos que se cree en el barrio es que la Compañía habrá olvidado su promesa. Algunos optimistas, que no renuncian fácilmente a la esperanza de obtener la mejora, piensan que habrá surgido algún obstáculo que retarde el momento de su realización y esperan aun; pero la espera se va haciendo larga y comienzan á desconfiar.

No participamos nosotros de ese sentimiento. El apeadero de Los Molinos, mejora importantísima para este barrio y los de La Concepción, San Anton y Dolores, es

para la Compañía del ferrocarril asunto de tan poco vuelo por lo que afecta al gasto de la obra, que no le afecta en nada. Ese apeadero se hará sin duda cuando pase el período lluvioso y tal vez solo a esa circunstancia se deba el que no se haya comenzado aun.

Sin embargo, pudieran haber surgido obstáculos que no fueron tenidos en cuenta al tomar el acuerdo y en tal caso bueno fuera que se hicieran públicos para saber á qué atenernos.

Si no hay ninguno; si la Compañía insiste en su propósito; si ha encontrado los elementos ofrecidos y nada se opone a la realización de las esperanzas que hizo nacer en los vecinos del barrio de Peral ese acuerdo del pasado Agosto, no tarde en llevarlo á la práctica, que con ello proporcionara grandes comodidades á una numerosa población que contribuye a la vida de su línea y fomentará el movimiento de viajeros procedentes de los cuatro barrios que hemos citado ya.

TIJERETAZOS

El Nacional publica un artículo que trata de cosas de España y lo titula así: «Barbarie».

¿Qué va á una desonra de haber probado como un solo hombre contra el célebre dicho de Alejandro Dumas le damos la razón?

Ha salido para Tanger una comisión de empleados de correos con objeto de establecer una estafeta.

Hablando de este asunto dice un colega de la Corte:

«En el Zúco Chico, punto en que se hallan instalados los hermosos palacios de las legaciones extranjeras y las excelentemente montadas estafetas de las demás naciones, se halla también la nuestra. ¿Pero en qué condiciones! Basta decir que el salón principal es una cuadra con sus correspondientes peserías, en los que se verifican las mudaciones propias de esta clase de oficinas.»

¿Y para qué instalarla en mejor sitio?

Para que se pierdan las cartas, lo mismo da una cuadra que un palacio.

En Matarró se han declarado en huelga los operarios de una fabrica por querer el patrono rebajar los jornales.

Ese es un medio indirecto para dar un portazo á los talleres.

Si a tocar al salario se desalaran los obreros en huelga.

Conque con ese aliciente de la rebaja....

¡Claro! ¡La del humo!

Un obrero de los talleres del ferrocarril de Salamanca ha batido el record de la barbaridad.

Al efecto, apostó con otro compañero que se bebería treinta y cinco copas de agua dulce.

La apuesta fué ganada por el bárbaro, que en presencia de los correspondientes testigos se bebió las tres docenas menos una.

Pero después hubo que recogerlo del suelo y transportarlo al hospital, donde se está muriendo.

Apostas de esa índole no se pueden verificar sin la presencia del médico y el cura.

Un Mr. Adams, yanqui é y mecánico, ha inventado un tren que camina con una velocidad de el no cuarenta y cuatro kilometros por hora.

El convoy tiene proa y popa y lleva sus correspondientes vigas.

Y tiene una ventaja.

En caso de descarrilamiento ó choque no habrá pasajero que no se reduzca á polvo impalpable.

Aborrandose, por consiguiente, la agonía.

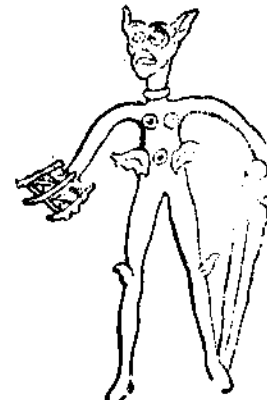
CURIOSIDADES

CULTO DE MOLOC Y BAAL

Sacrificios humanos.—Origen de la risa sardónica.

Según Montesquieu, el más hermoso tratado de paz que menciona la Historia

es el que Gelón, rey de Siracusa, con certó con los cartagineses pretendiendo que aboliesen la costumbre de inmolarse á sus hijos. Cosa bien rara; después de aniquilar á trescientos mil de ellos en la guerra, exigióles una condición que sólo á ellos les resultaba beneficiosa, aunque también, de rechazo, á todo el género humano.



Pero este tratado, por lo visto, debió darse al olvido. Por lo menos así lo creyó Diodoro de Sicilia, pues dos siglos después de morir Gelón, el año 512 antes de J. C., los cartagineses, sitiados por Agatocles, amenazados de ruina, imaginaron que su dios Baal ó Moloc debía estar irritado contra ellos porque se habían substituido fraudulentamente dos niños de esclavos ó de extranjeros por niños de «primera calidad», (según la frase de Rollin,) siendo costumbre sacrificar á los primeros.

En expiación inmolaron doscientos niños de las primeras familias de Cartago y además trescientos ciudadanos, creyéndose culpables de sacrilegio, se ofrecieron voluntariamente.

Conquistadores de la mayor parte de la isla de Sardaña (año 512 a. de J. C.) los cartagineses aprendieron en ella el culto de las divinidades sanguinarias. Adoraban á Baal, á quien batieron estatuas dándole aspecto humano, excepto la cabeza que era de toro, símbolo de la fuerza y del poder. Estas estatuas eran de bronce, huecas hasta la cintura, para que cupieran dentro los cuerpos de personas y animales que se inmolaban al dios, los cuales salían de aquéllas en virtud de su propio peso pero quemados y medio consumidos por el fuego que ardía en su interior.

Las dos figuras que damos á conocer en los dibujos que aquí intercalamos son copias de las estatuas de bronce que

se conservan en el gabinete de Cagliari; ambas fueron halladas en Sardaña. Créese que la primera es reproducción de otra estatua de Moloc, mucho más grande, que existió en Tiro ó en Cartago. La espada de forma oriental que tiene en la mano izquierda, atributo que conviene perfectamente á este dios (el Saturno de los griegos) á quien se suponía el inventor de la cimitarra, no le permitía recibir del modo que hemos dejado indicado las ofrendas humanas, por cuanto en su mano izquierda tiene una ancha parrilla, en la que se colocaba fuego, dispuesta á recibir los sacrificios que caían al pie de la estatua.

Los cuernos y el bastón dentado dan á la segunda figura todos los caracteres de un Baal. Los dos animales que tiene en la mano izquierda no son reconocibles; quizá representen serpientes.

Alrededor de estos ídolos, durante los horribles sacrificios de que hemos hablado se reunían los sacerdotes tocando tambores y otros instrumentos, mientras que el fuego

iba consumiendo poco á poco los miembros de las víctimas de tan execrable superstición, quienes lanzaban horribles gritos y lamentos y en su espantosa agonía ciertas contracciones de su rostro semejaban una risa espantosa, cuyo recuerdo quedó perenne en generaciones sucesivas y á la que, por provenir de los sardos, se llamaba «risa sardónica», frase á que hoy damos bien distinta

La historia del toro de Falaris puede explicarse por los sacrificios humanos consumados en el ídolo de bronce de un dios con cabeza de toro. Los cartagineses, rindiendo culto á Baal, no hicieron, seguramente, sino copiar aquel rito.

El mito de Saturno devorando á sus hijos tiene mucha analogía con el de Baal.

Es de observar que los griegos sentían por el culto de Kronos (Saturno) mucha aversión, suficientemente motivada por su origen fenicio y sus prácticas bárbaras.

En fin, el culto de Moloc, según valiosas opiniones, puede servir para determinar la verdadera significación de la



BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 89

EL REY LEAR DE LA ESTEPA 86

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 86

apoyábase en su mano derecha, que tenía abierta; el otro, estaba metido en el agua. Mi corazón palpito con violencia; sin embargo, me aproximé á él y le saludé. Se puso á parpadear con lentitud, como quien está medio despierto.

—¿Está V. por acá pescando, Matia Petrovitof?

—le pregunté.

—Sí, peces— me contestó con voz oscuras.

Y dió una sacudida á su caña, de cuya punta colgaba un cabo de sedal sin anzuelo.

—¿Pero si tiene todo el hilo!

Al mismo tiempo noté que allí no había junto á él ni pecera ni gusanos para cebo. Además, ¿qué pesca era posible en el mes de Septiembre?

—¿Roto?—repitió, pasándose la mano por la cara.

—¿Igual da!

E inclinó su caña sobre el agua.

—¿Es el hijo de Natalia Nicolavna?—preguntó al cabo de unos instantes, mientras le estuve contemplando con asombro. Continuaba pareciéndome un gigante aún cuando había enflaquecido mucho. ¡Pero, qué harapos le cubrían! ¡Y qué ruina era todo su cuerpo!

—Sí—contesté—soy el hijo de Natalia Nicolavna.

—¿Vive?

buena gana hubiese besado aquella estrecha y rabiosa mano, con la cual dos veces había echado atrás la indócil trenza.

¿Pero de veras se habría vuelto Kharlof aficionado á la pesca? Tal decía yo para mi colete al acercarme al lago, pues sabía que se encontraba al extremo del jardín. Subí al malecón y miré á derecha é izquierda: ¡ni un alma! Me dirigí á una de las orillas; al oabo, en el fondo de una caleta, entre un bosque de juncos enrojecidos y marojitos por el Otoño, vi una moza agrisada. Era Kharlof. Sin gorro, desgreñado, envuelto en una especie de hopalanda de lienzo crudo desgarrada por todas las costuras, con las piernas dobladas debajo del cuerpo, estaba sentado é inmóvil sobre el santo suelo: tan inmóvil, que, al acercarme, salió un pajarillo á dos pasos de él desde el limo desecado y atravesó la laguna planando con peregrinas alas. Preciso era que nada se hubiese movido en la proximidad de la avecilla. La figura entera de Kharlof era tan extraña, que al verla mi perra paróse en firme, metió el rabo entre piernas y se puso á gruñir. Kharlof apenas volvió la cabeza, y se nos quedó mirando á mí y mi perra con ojos de salvaje. Su barba le desfiguraba mucho: la llevaba corta, pero era espesa y crespa como el astrakán. Uno de los extremos de la caña de pescar

mo Slotkin. Tambado de espaldas, con ambos brazos doblados debajo de la cabeza y mirando al cielo con aire satisfecho, balanceaba indolentemente la pierna izquierda cruzada sobre la rodilla derecha. No se había percatado de mi llegada. A pocos pasos de él paseábase Eviampia, despacito y con la vista baja; parecía buscar entre la hierba alguna cosa, tal como setas ó flores; á veces se inclinaba, tendía la mano y gorjeaba el estribillo de una canción. En él reconocí los siguientes versos de una antigua leyenda rusa.

«Sal, asiendo, al cielo sube,
Nublado de tormenta;
Mata, mátae á mi negro;
Parta un rayo á mi suegra;
Porque á mi mujer yo mismo
Sabré dejarla muerta.»

Eviampia cantaba con una voz cada vez más clara y fuerte; recalcó los dos últimos versos. Slotkin continuó sonriéndose con aire beatífico, mientras ella parecía, al andar, que estaba trazando círculos en derredor de él.

—¡Bueno es eso! ¿Qué cosas no se les ponen en la cabeza á todas estas mujeres?—dijo á la postre.

—¿Pues qué?

Slotkin levantó la cabeza.